



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

Mis Navidades de niño

Tenía 7 años cuando celebré mi última Navidad y recuerdo el belén, la comida pantagruélica y la Misa del Gallo durmiendo. Después, tras la terrible muerte de mi madre en un bombardeo, nunca más lo he festejado

En 1935, la última Navidad que se celebró en mi casa, yo tenía 7 años, y me acuerdo muy bien en qué consistían. Es bastante probable que coincidieran con la celebración en otras familias de clase media más bien alta, pero no puedo jurarlo. Hay cosas que se repiten como tradicionales, pero siempre acostumbran a parecerse si son festejadas en un mismo país y en una parecida clase social.

Durante la Guerra Civil nuestro padre sufrió una tremenda pleuresía: en aquella época no existían los antibióticos, de modo que tuvieron que operarle serrándole dos costillas, y poniéndole una larguísima cánula conectada a dos botellas, una por la que se limpiaba o drenaba la infección, y la otra que le suministraba agua destilada y algún rudimentario desinfectante. Así fue como en el invierno de 1936, y para buscar un clima que produjese la casi milagrosa curación de mi padre, la familia nos trasladamos con él al pueblo de Viladrau, al pie del Montseny. A principios de 1938, mi madre, que se había trasladado por un día a Barcelona, murió en un salvaje bombardeo en pleno día, en el paseo de Gràcia.

Perdonen este introito, pero es para explicar que en mi casa ya no se volvió a celebrar nunca más la Navidad. Así es que mis recuerdos deben ser de las Navidades de 1931 a 1935. La Nochebuena consistía en asistir a la Misa del Gallo, que comenzaba a medianoche, y en la que tanto yo como los niños de mi edad nos dormíamos en los bancos. El desayuno del día siguiente era tomar chocolate con churros, y alguna golosina más. El que sí resultaba verdaderamente importante era el almuerzo. A parte de mis hermanos, mis padres y yo, aparecían siempre dos hermanos solterones de mi padre: tío Luis y tío Leopoldo, y quizás mi tía Montserrat, también soltera entonces. La mesa del comedor se alargaba y se llenaba de flores y otros adornos.



La tremenda comida pantagruélica se iniciaba primero con la *escudella*, sopa de fideos finos, arroz, pan frito y *galets*. La *carn d'olla*, que se había cocinado con el caldo de la *escudella*, contenía carne de buey, butifarra, pechuga de gallina, *pilota* del cocido, y todo esto con aditivos vegetales: apio, garbanzos y *naps i cols*. Después, y para mi terror, pues siempre he comido poco y me aterra incluso ver demasiada comida junta, llegaba el asado: podía ser pavo, capón o gallo, rellenos de ciruelas y piñones. Y para rematar, frutas variadas y turrones. La gente mayor bebía *xampany* (ahora le dicen *cava*), pero a los pequeños sólo nos dejaban mojar los labios en la copa: pi-

caba, nunca me gustó.

En mi casa de entonces nunca vi abeto u otro árbol de Navidad, y tampoco se hablaba de Papá Noel o Santa Claus, y mucho menos de san **Nicolás**. Se cantaban villancicos, en castellano casi todos, y algunos en catalán. Pero no recuerdo haber oído nunca el ahora más famoso, titulado *Stillet Nacht o Noche Feliz*. Y ni hablar de lo que después vi como un juego: el *Caga Tió*, que hubiese parecido una grosería. Lo que sí recuerdo era una especie de postales que muchos trabajadores –el farolero, el sereno, el chico del colmado– entregaban en casa para recibir un aguinaldo. Estas *felicitaciones* son hoy una rareza, no se esti-

lan, pero yo, en algún cajón, encontré una del basurero. Por la cara en color se ve a un basurero limpísimo y elegante, y detrás, en blanco y negro, unos versos divertidos deseando una Navidad feliz.

Desde antes de Navidad y hasta el día de Reyes, se montaban en las casas belenes, costumbre que ha cedido mucho, me cuentan, pero el otro día pasé junto a la catedral y vi los tendedores de venta de figuritas bastante concursados. Espero y deseo que las figuras sean de yeso o de barro, pintadas; y no como unas de plástico que estaban en el escaparate de una jutería.

De barro y pintadas eran las figuritas de los pesebres de mi infancia: del niño **Jesús**, de la virgen **María** y san **José**, del buey y la mula, los tres Reyes Magos y sus tres pajes.

El portal de Belén se hacía de corcho, la cuna era de madera, y lo que figuraba ser el suelo se formaba de serrín y de musgo. Los pequeños árboles eran de brotes de arbustos, que nosotros íbamos a recoger, igual que el musgo, a una casa que teníamos en el Maresme. Con papel de plata se formaba un río, luego un puente que lo cruzaba y un camino que llegaba hasta el portal.

Muchas figuras más no recuerdo, pero, si las había, con toda seguridad que entre ellas no estaba el llamado *caganer*, especie de campesino con los pantalones bajados y en cucillitas, haciendo sus necesidades: mi padre era muy fino y no hubiera tolerado una grosería de tal calibre. El interior del portal estaba iluminado, lo mismo que una gran estrella –un cometa, creo– que guiaba a los Reyes Magos hasta el portal. Pero no sé por qué, ni en casa de mi padre, que sobrevivió muchos años pese a su grave lesión pulmonar, ni en la mía, ya casado, se ha celebrado nunca la Navidad desde la terrible muerte de mi madre. El cerebro humano es un misterio.